

Durante la Segunda República española (1931-1936), el obispo pidió a los católicos madrileños que cooperaran con las autoridades y evitaran cuanto pudiera crispas la situación. Al estallar la Guerra Civil, Eijo marchó a Galicia y permaneció en silencio durante casi un mes, hasta que el 15 de agosto de 1936 se adhirió públicamente a los sublevados. La diócesis de Madrid-Alcalá sufrió en números absolutos (435 sacerdotes asesinados) la mayor persecución religiosa de España. Él, como obispo, sufrió profundamente por todo lo que acontecía, a la vez que abogó siempre por la reconciliación.

Estuvo informado de la realidad del Opus Dei desde el momento mismo de su fundación. En una carta a Aureli María Escarré, Abad de Montserrat, decía: “El Opus [Dei], desde que se fundó en 1928, está tan en manos de la Iglesia que el Ordinario diocesano, es decir o mi Vicario General o yo, sabemos, y cuando es menester dirigimos, todos sus pasos; de suerte que desde sus primeros vagidos hasta sus actuales ayes resuenan en nuestros oídos y... en nuestro corazón” (AVP, II, p. 716). Y en otras ocasiones solía decir: “en estas manos nació el Opus Dei” (AVP, II, p. 508). Con estas expresiones quería significar el aprecio y valoración con que había conocido y seguido el trabajo fundacional de san Josemaría desde sus comienzos, bien por medio de su vicario, don Francisco Morán, bien personalmente. El trato con san Josemaría se hizo más directo e intenso desde 1938, cuando llegó a Burgos, y acabada la guerra, en Madrid, fueron frecuentes las conversaciones con el fundador.

Mons. Eijo defendió al Opus Dei de los ataques y calumnias que recibió en los años cuarenta y le dio la primera aprobación eclesiástica (como Pía Unión, el 19 de marzo de 1941). El 25 de junio de 1944, ordenó a los primeros miembros del Opus Dei promovidos al sacerdocio, y mantuvo su amistad y admiración hacia Escrivá hasta el momento de su muerte, cuando

manifestó que las atenciones que prodigó al Opus Dei serían sus “credenciales” para presentarse ante el Juicio de Dios (cfr. AVP, II, p. 509). Cuando san Josemaría se trasladó a Roma, la relación cordial con el obispo de Madrid continuó tanto por carta como por los encuentros que mantuvieron ocasionalmente.

Mons. Eijo y Garay fue presidente del Instituto de España desde febrero de 1942 y del Instituto Francisco Suárez de Teología, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde su creación en 1940. En octubre de 1946, fue nombrado Patriarca de las Indias Occidentales. En 1962, un año antes de su fallecimiento, pudo saludar el inicio del Concilio Vaticano II. Su lema episcopal, *In veritate et caritate*, resume un deseo que tuvo, como hombre de Iglesia, de llevar al hombre todo –mente, voluntad, corazón– hacia Dios.

Voces relacionadas: Itinerario jurídico del Opus Dei; Madrid (1939-1946).

Bibliografía: AVP, I y II, *passim.*; Santiago CASAS RABASA, “Las relaciones escritas de san Josemaría sobre sus visitas a Francisco Morán (1934-1938)”, *SetD*, 3 (2009), pp. 371-411; Santiago MATA, *Leopoldo Eijo Garay (1878-1963)*, Tesis Doctoral en Historia defendida en la Universidad de Navarra (Pamplona), el 14 de diciembre de 1995, *pro manuscripto*.

Santiago MATA

EJEMPLO, APOSTOLADO DEL

1. Raíces teológicas del apostolado del ejemplo.
2. El cristiano, signo de Cristo.
3. Fe con obras: la palabra y el ejemplo.
4. Coherencia de vida.
5. La atracción divina.

El sentido del apostolado del ejemplo en la doctrina de san Josemaría se puede resumir citando el punto 1 de *Camino*: “Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina, con la luminaria

de tu fe y de tu amor. Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros de odio. –Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón”.

1. Raíces teológicas del apostolado del ejemplo

San Josemaría insistía en que el fundamento del espíritu del Opus Dei es la filiación divina. El resto de los rasgos de la fisonomía del espíritu que Dios quiso para el Opus Dei se pueden considerar derivaciones de esta luz central. Esto ocurre también con esta manifestación del apostolado que es el testimonio, que debe ser la expresión de una vida cristiana realmente vivida y, por tanto, de la condición de hijo de Dios recibida en el Bautismo por la gracia del Espíritu Santo.

Toda la vida de Cristo es “revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: «quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9)” (CCE, n. 516). Al mismo tiempo Dios Padre da testimonio de su Hijo: “Éste es mi Hijo, escuchadle” (Lc 9, 35), se oye en el momento de la Transfiguración. Jesús anuncia que después de su Ascensión será el Espíritu Santo quien dará testimonio del Padre y del Hijo, y que también los Apóstoles darán testimonio: “cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio” (Jn 15, 26-27).

El cristiano que vive la vida de la gracia, es decir, la vida de Dios que le ha sido comunicada, testimonia a través de la imitación de Cristo, imagen perfecta del Padre, a Dios mismo. Jesucristo es el camino por el que ha de transitar todo cristiano para llegar al Padre y ser y sentirse realmente hijo de Dios. La Encarnación del Verbo, la asunción de la naturaleza humana por la segunda persona de la Santísima

Trinidad, hace posible ese camino de filiación. Como consecuencia, el seguimiento y la identificación con Cristo llevan a la divinización de la propia vida. Así lo señala san Josemaría en *Forja*: “Necesitas imitar a Jesucristo, y darlo a conocer con tu conducta. No me olvides que Cristo asumió nuestra naturaleza, para introducir a todos los hombres en la vida divina, de modo que –uniéndonos a Él– vivamos individual y socialmente los mandatos del Cielo” (F, 452).

2. El cristiano, signo de Cristo

El cristiano está llamado con su vida a manifestar la vida del mismo Cristo, con quien está unido. La acción de Cristo y del Espíritu Santo lleva a la imitación de Cristo, en la que radica la ejemplaridad del cristiano: “Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo” (ECP, 183).

El trato y la unión con Cristo deben informar la vida del cristiano; llevan, por tanto, a la imitación. “Jesús es el modelo: ¡imitémosle!” (F, 138). Y de un modo más desarrollado: “¡Vive la vida cristiana con naturalidad! Insisto: da a conocer a Cristo en tu conducta, como reproduce la imagen un espejo normal, que no deforma, que no hace caricatura. –Si eres normal, como ese espejo, reflejarás la vida de Cristo, la mostrarás a los demás” (F, 140). Al hablar así, san Josemaría tiene presente una imitación de Cristo que configura la personalidad del cristiano desde dentro. La transformación en Cristo, que es fruto de la acción de la gracia, no sólo respeta, sino que concede brillo a la propia personalidad, en la que acaba por transparentarse el amor que Dios mismo es. Así san Josemaría dice: hemos de “luchar para que nuestra conducta recuerde a la de Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no

es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama” (ECP, 122).

La imitación de Cristo se traduce, para el cristiano corriente, en el ejercicio de las virtudes humanas y sobrenaturales en la vida ordinaria. El heroísmo cristiano que predica san Josemaría es sencillo, sin estridencias, con la fuerza que deriva de la naturalidad y de la sinceridad: “Daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad?, ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás? Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a través de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones” (ECP, 148).

3. Fe con obras: la palabra y el ejemplo

San Josemaría, en la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, habló del materialismo cristiano. Con esa expresión venía a poner de relieve, de un modo gráfico, algo esencial al mensaje cristiano: la incorporación vital, hecha de carne y hueso, de la fe. La Encarnación del Verbo, la constitución sacramental de la Iglesia y el anuncio de una vida futura no son aspectos secundarios de la fe católica, sino esenciales. Ponen de relieve la trascendencia de nuestro destino y hacen presente la tensión escatológica en la que existen las realidades temporales. Atestiguan que nos espera una vida eterna, ya que “pasa la figura de este mundo” (1 Co 7, 31), y dan

vigor a una tensión sin la que la Iglesia se haría intrascendente, sumergiéndose en la historia (cfr. RATZINGER, 1984, p. 124); pero no separan del mundo puesto que a la vez implican que esa vida eterna redunde sobre la historia y la dota de sentido.

En este contexto hay que entender la insistencia de la predicación católica, y de san Josemaría, en que la fe debe ser una “fe viva” honda, auténtica, que transforme el corazón y, por tanto, redunde en obras. La fe vive en las obras, en el seguimiento concreto de Jesús: “Seguirle en el camino. Tú has conocido lo que el Señor te proponía, y has decidido acompañarle en el camino. Tú intentas pisar sobre sus pisadas, vestirme de la vestidura de Cristo, ser el mismo Cristo: pues tu fe, fe en esa luz que el Señor te va dando, ha de ser operativa y sacrificada. No te hagas ilusiones, no pienses en descubrir modos nuevos. La fe que Él nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que estorba” (AD, 198).

Esa es la razón de la importancia que tiene el testimonio de vida y también la razón por la que el ejemplo ha de estar en la vida del cristiano unido a la palabra, como lo estuvo en la vida de Cristo, quien pasó haciendo y enseñando el bien (Hch 1, 1): “Por tu condición de ciudadano corriente, precisamente por ese «laicismo» tuyo, igual –ni más, ni menos– al de tus colegas, has de tener la valentía, que en ocasiones no será poca, de hacer «tangible» tu fe: que vean tus buenas obras y el motivo que te empuja” (F, 723). El ejemplo manifiesta en las obras la realidad de la gracia; y la palabra da a conocer la raíz (la vida de Dios comunicada con la gracia) de la que las obras nacen.

Palabra y ejemplo (testimonio) han de estar unidos en la vida del cristiano. Un hablar de Cristo que no estuviera refrendado por la coherencia de vida sonaría a hueco y corre el riesgo de quedar en el vacío. Un ejemplo que no desembocase en palabras, en un hablar que comprometa, que inter-

pela, que empuje a acercar a las almas a Dios, sería un ejemplo incompleto, inacabado. “Aunque seamos personalmente indignos, la gracia de Dios nos convierte en instrumentos para ser útiles a los demás, comunicándoles la buena nueva de que *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*” (ECP, 175). “Quizás alguno se pregunte cómo, de qué manera puede dar este conocimiento a las gentes. Y os respondo: con naturalidad, con sencillez, viviendo como vivís en medio del mundo (...). Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a través de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones” (ECP, 148).

El binomio recién comentado, palabra y ejemplo, se prolonga en el vocabulario de san Josemaría en otro: piedad y doctrina. “La fe no es para predicarla sólo, sino especialmente para practicarla” (AD, 204). La fe se muestra en el comportamiento. La vida del cristiano, iluminada por la fe, hace resplandecer la fe, abre el camino para transmitirla. De ahí que la Escritura pueda decir que el cristiano es sal y luz, lo que reclama piedad (vida cristiana de trato efectivo con Dios) y doctrina, conocimiento de la fe para poder comunicarla: “No se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero, a fin de que alumbré a todos los de la casa; brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 15-16). Y al final de su paso por la tierra manda: “«euntes docete» –id y enseñad. Quiere que su luz brille en la conducta y en las palabras de sus discípulos, en las tuyas también” (S, 930).

4. Coherencia de vida

La vida del apóstol ha de ser coherente: debe hablar de lo que practica y practi-

car aquello de lo que habla; y tanto lo que practica como lo que habla ha de responder de su identificación con Cristo. Esta es la verdadera conducta ejemplar: la transparencia y la veracidad de la vida cristiana (cfr. AD, 141). San Josemaría advierte constantemente del peligro de llevar una doble vida. Una vida de fe recortada, que actúa solo en el seno del templo y de las ceremonias eclesíásticas y otra, la vida de trabajo, de relación social, de familia o de diversión. Empleando una expresión castiza, de las que tanto le gustaban, decía que había que ser “de una pieza”: “Me causaría una tristeza enorme que de cualquiera de nosotros se pudiera afirmar, con fundamento, que somos inconsecuentes; hombres que aseguran que quieren ser auténticamente cristianos, santos, pero que desprecian los medios, ya que en el cumplimiento de sus obligaciones no manifiestan continuamente a Dios su cariño y su amor filial. Si así se dibujara nuestra actuación, tampoco seríamos, ni tú ni yo, cristianos de una pieza” (AD, 19). La coherencia de vida no implica la ausencia de errores o faltas, sino la lucha por rectificar constantemente el rumbo (cfr. AD, 163-164).

La fe excluye la deserción, quedarse encerrado en la torre de marfil. El cristiano ha de ser coherente con su fe en todas las manifestaciones de la vida: en la familia, en el trabajo, en el círculo de amistades, en la vida social y pública. “Tengamos la valentía de vivir pública y constantemente conforme a nuestra santa fe” (S, 46). Un testimonio así, coherente en todo momento y situación, es lo que necesita el mundo para mantener viva su esperanza en la posibilidad de una existencia más acorde con lo esencial de la humanidad. El apóstol no debe renunciar a configurar un mejor futuro para el mundo, a la par que señala que ese futuro tiene como piedra angular la enseñanza del mismo Cristo: “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mt 6, 10). Esto es lo que hace público con su conducta.

Dependiendo de la altura, o de la falta de altura intelectual, moral y estética de una sociedad determinada, habrá ocasiones en las que el cristiano andará –por la intrínseca publicidad de su conducta– contra corriente. La doctrina de Cristo no fue tampoco, en su propio tiempo histórico, acomodaticia. Y será siempre doctrina de difícil aceptación, tanto para quien la practica, que debe luchar contra el pecado, como para quien la escucha, que puede tender a alejarse de la luz: “Quien obra el mal aborrece la luz y no se arrima a ella para que no sean reprendidas sus obras” (Jn 3, 20-21). Por eso el cristiano debe ser fuerte para, cuando llegue el caso, manifestar la fe, dar razón de ella, aunque cueste.

“No dejarse arrastrar por el ambiente. Llevar el ambiente de Cristo a todos los lugares” es la expresión que suele utilizar en sus escritos para hablar de esta publicidad de la fe con obras. Así, señala san Josemaría en *Surco*, 318: “Ya hace muchos años que vi con claridad meridiana un criterio que será siempre válido: el ambiente de la sociedad, con su apartamiento de la fe y la moral cristianas, necesita una nueva forma de vivir y de propagar la verdad eterna del Evangelio: en la misma entraña de la sociedad, del mundo, los hijos de Dios han de brillar por sus virtudes como linternas en la oscuridad –«quasi lucernae lucentes in caliginoso loco»”.

5. La atracción divina

El apostolado del ejemplo tiene la forma de una “invitación”, de una “sugerencia”. El cristiano presenta a los demás su vida como una credencial que les invita a acompañarle en el seguimiento de Cristo. Es, por tanto, algo absolutamente ajeno a la imposición de una actitud dura o despectiva. Así dirá san Josemaría: “si meditamos el Evangelio y ponderamos las enseñanzas de Jesús, no confundiremos esas órdenes [el *compelle intrare* de la parábola de la invitación las bodas: Lc 14, 23] con la coacción. Ved de qué modo Cristo insinúa

siempre: *si quieres ser perfecto..., si alguno quiere venir en pos de mí...*” (AD, 37).

La vida del apóstol se puede así comparar, filosóficamente hablando, con la causa ejemplar, aquella que mueve por su belleza y perfección a buscar y amar el bien, es decir, a proponérselo como fin de las propias acciones. Es la belleza lo que de modo más impetuoso inclina a obrar; ahora bien, la belleza debe ser percibida, cada uno juzga de ella, por la redundancia que puede estar llamada a tener en su propia vida. De ahí que sea tan amplio el margen de libertad que deja la conducta ejemplar al seguimiento de Cristo. San Josemaría atribuye al apóstol “una fuerza vital que arrastra” (F, 709). Y advierte a la vez que esa fuerza está lejos de toda coacción. La única “coacción” que ejerció Jesús en su paso por la tierra fue la del amor. Quien ama, compromete. Es el amor de Dios al hombre lo que en último término atrae al hombre a Dios. Así dice san Josemaría, que una coacción violenta sería tan injusta como ineficaz, porque “nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece, lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho de hacer daño al que la ha recibido de Dios” (AD, 32). “En última instancia, es claro que las decisiones que determinan el rumbo de una vida, ha de tomarlas cada uno personalmente, con libertad, sin coacción ni presión de ningún tipo (...). El consejo no quita la libertad, sino que da elementos de juicio y esto amplía las posibilidades de elección, y hace que la decisión no esté determinada por factores irracionales” (CONV, 104).

Voces relacionadas: Apostolado.

Bibliografía: C, 916-917, 943-944; ECP, 21; BENEDICTO XVI, Exhort. Ap. *Sacramentum caritatis*, 2007; JUAN PABLO II, Cart. Ap. *Novo millennio ineunte*, 2001, 24 ss.; Scott HAHN, *Trabajo ordinario, gracia extraordinaria. Mi camino espiritual en el Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2007; Domingo RAMOS-LISSÓN, “El ejemplo de los primeros cristianos en las enseñanzas del beato Josemaría”,

Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, 29 (1999), pp. 292-307; Joseph RA-TZINGER - Vittorio MESSORI, *Informe sobre la fe*, Madrid, BAC, 1985; Kristina SIMON, “La audacia del ejemplo”, en *GVQ*, VIII, pp. 37-39.

Montserrat HERRERO

EL SALVADOR

1. El amor de san Josemaría a El Salvador.
2. Comienzo de la labor apostólica.
3. Impacto de la personalidad de san Josemaría en los salvadoreños.

La labor estable del Opus Dei en esa nación centroamericana se inició en 1958, pero estuvo precedida de años de preparación.

1. El amor de san Josemaría a El Salvador

San Josemaría nunca estuvo en El Salvador, pero antes de que allí comenzara la labor apostólica, conoció a algunas personas de ese país. La primera fecha de la que hay datos es del verano de 1929. Rafael Fernández Claros, joven sacerdote salvadoreño, celebró Misa en el Patronato de Enfermos de Madrid y conoció allí a san Josemaría. Después, “charlaron un rato. «Me bastaron unos momentos –dice el salvadoreño– para apreciar en todo su altísimo valor el tesoro de santidad que cuidadosamente guardaba aquella delicada alma sacerdotal». Esa intimidad se mantuvo viva durante años y engendró una vinculación de orden más elevado: «¿Cómo corresponderé, padre, a sus bondades?», le escribía don Rafael desde París, 4-XI-1929. «No de otra manera que aceptando –como la acepto– sin restricción alguna, su delicada propuesta de pacto espiritual sacerdotal»” (AVP, I, pp. 311-312).

Durante la Guerra Civil española, san Josemaría conoció al diplomático salvadoreño Pedro Jaime de Matheu Salazar y a su familia. De Matheu era Cónsul General Honorario de la República de Honduras,

en cuya residencia particular se refugió el fundador del Opus Dei. Fue para san Josemaría un periodo difícil e intenso en el que, a pesar de la dura situación de refugiado durante una etapa de guerra, supo mantener y difundir un ambiente de serenidad y de paz. La impresión que allí dejó la resume muy bien la esposa del Cónsul. “Doña Consuelo de Matheu, que conoció y trató al Fundador en circunstancias difíciles (...), cuando tan fácilmente se olvidan las convenciones sociales y los respetos humanos, dice: «Si tuviera que definir a don Josemaría lo haría diciendo que era un caballero»” (AVP, III, p. 409). Cuando san Josemaría, al salir de España llegó a Andorra, enseguida mostró su agradecimiento al señor De Matheu con una tarjeta en la que terminaba diciendo “Póngame a los pies de Mila y Consuelito. Le abraza Josemaría” (AVP, II, p. 216).

Tanto en su visita a México (1970) como en su visita a Guatemala (1975), coincidió con bastantes de sus hijos, cooperadores y amigos salvadoreños que acudieron para conocerle y demostrarle su afecto. Así, por ejemplo, en una tertulia general en la ESDAI –Escuela de Administración de Instituciones de la Universidad Panamericana– (México, 20-VI-1970), después de hablarle del amor a la Iglesia, al Papa y a la Obra, le dijo a una salvadoreña: “Sé lo bien que trabajáis ahí. Os quiero de modo especial y os bendigo especialmente” (AGP, serie A.4, t700620). Después, en otra reunión sólo con centroamericanas, añadió: “Yo amo mucho vuestros países. Tenemos que rezar para que no haya guerrillas, por la paz de Centroamérica ¡Qué alegría estar con vosotras! Yo os quiero mucho, necesito saber que me queréis” (AGP, serie A.4, t7006201).

2. Comienzo de la labor apostólica

Después de iniciarse la labor en Guatemala, el interés de san Josemaría por comenzar en El Salvador se plasma en la primera estancia de don Pedro Casciaro

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.